

EL AMOR Y EL DESAMOR A LA CIUDAD UNA REFLEXIÓN DESDE LOS IMAGINARIOS URBANOS

Alejandro Guzmán Ramírez*

La ciudad debe considerarse como una compleja y siempre presente dimensión de la vida social que va más allá de entenderla en términos de localización, de contenedor o producto material; llevándola a su concepción del espacio vivido que permita comprender el entorno urbano a través de la experiencia del sujeto y su entramado simbólico.

las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos y de recuerdos (Calvino, 2000: 15).

En ese sentido, este artículo plantea una reflexión del entendimiento de la ciudad desde la sensación de amor y desamor que puede despertar en el inconsciente colectivo, ya que cada habitante tiene formas diferentes

de pensar e imaginar la ciudad adoptando prácticas territoriales particulares.

Tal vez las investigaciones sobre la ciudad deberían incluir categorías psíquicas como el orgullo y el amor, para entender con mayor profundidad el fenómeno de la cultura ciudadana. Hay que reconocer que el objeto de amor se define en gran parte por nuestra imaginación, por las imágenes que producimos, donde los imaginarios urbanos reflejan los conflictos de nuestra propia experiencia emocional.

La ciudad como objeto de amor y desamor

La imagen o narración de la ciudad es una mezcla de elementos contruidos y casuales; su fuerza radica en el hecho de que ésta refleja perfectamente en su imagen la ambivalencia entre amor y odio, atracción y repulsión, que ella misma genera.

* Académico-investigador de la Facultad de Arquitectura de Universidad De La Salle Bajío y catedrático de la maestría de Planeación Urbano Regional de la Universidad de Guanajuato. guzmanra@starmedia.com

Tanto las relaciones entre una pareja como entre los ciudadanos y su ciudad, el amor se define por imperativos culturales expresados en códigos visuales. El rostro maquillado de una mujer y la fachada decorada de una casa definen estándares en el acto de comunicación de lo que es el amor (Krieger, 2001: 587).

No obstante, el reconocimiento de que este objeto merece el amor o el rechazo, no es un acto sencillo, ya que todo acto de lectura simbólica de formas y apariencias propicia malentendidos.

Esto explica la abundancia de analogías a través de las cuales se intenta comprender el fenómeno de la ciudad: como *cuerpo* (en la teoría renacentista); como *máquina* (en la ideología moderna); aun como *prostituta* (en la Biblia, como el ejemplo de Babilonia), o como *madre* (la metrópolis, según el sentido original eclesiástico de «madre de las ciudades»). Todos estos intentos de romper la incomunicabilidad de las formas urbanas y de determinar su potencial simbólico representan la pluralidad de perspectivas que ofrece el estudio de la ciudad.

La ciudad así valorada, nunca será un espacio neutral, ya que ésta siempre provocará emociones; mientras que el amor nos lleva a un sentimiento de bienestar en un determinado ambiente o lugar, estimulando la integración emocional de sus habitantes; el odio se expresa por el desprecio a una construcción social que ya no garantiza una vida abierta, plural y equilibrada.

Investigaciones empíricas de la psicología espacial han confirmado la hipótesis de que el amor a la ciudad —o en términos más neutrales: la identificación del ciudadano con su espacio cotidiano— depende mucho de la comprensibilidad de las estructuras

(Lynch, 2000), ya que sólo dentro de límites comprensibles, el poder seductor de las imágenes urbanas, con todo su repertorio universal y arcaico de significados, puede enlazar a la comunidad de individuos opuestos que habitan la ciudad.

Por otro lado, la destrucción y disolución son dos formas esenciales de *desamor* a la ciudad, ya que la fragmentación y el aislamiento estructural cuestionan de manera profunda la cultura urbana.

Una breve retrospectiva del urbanismo actual nos muestra el desamor a la ciudad tradicional, a través del carácter destructivo de las estructuras urbanas arquitectónicas preexistentes y la proliferación de desarrollos urbanos que se gestan como islas exclusivas, como unidades autónomas aisladas de la ciudad compleja, contradictoria y plural.

La ciudad es un cosmos simbólico, un teatro para la educación humana, una escuela del amor donde, su rostro (maquillado o al natural) y su cuerpo (bien proporcionado o descompuesto) estimulan la integración emocional.

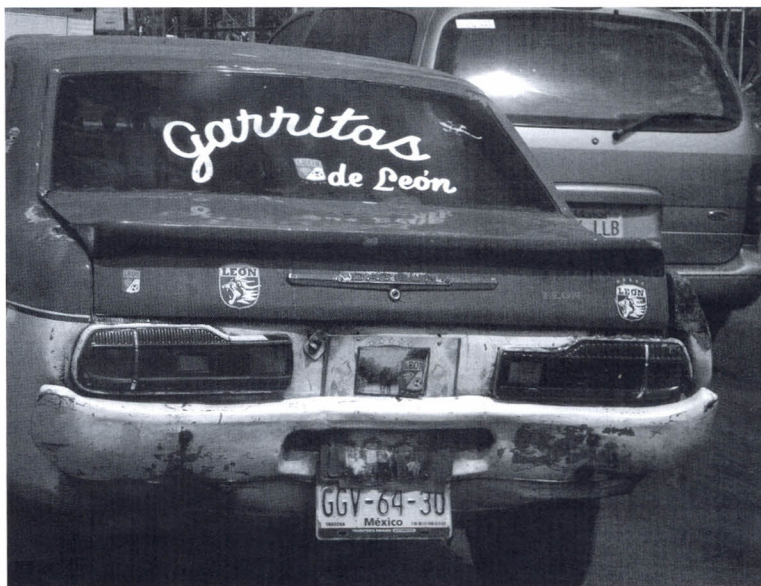


Foto: Irlanda del Río

Desde el centro histórico hasta las periferias infinitas, la ciudad contiene un potencial emotivo que raras veces es reconocido, exigiendo de sus ciudadanos una definición, ¿me amas o me odias?

El desamor como destrucción urbana

La ciudad no es capturada solamente por los sentidos, sino que se interioriza e identifica con nuestro propio cuerpo y con nuestra experiencia existencial; el habitante de la ciudad a través de un proceso cognitivo recoge la información necesaria aportada por los sentidos y proyecta sus propias imágenes mentales sobre la ciudad. En este punto el ciudadano revierte el proceso de aprehensión para traducirlo en construcción mediante su propia poética y conciencia personal.

Así como la creación de la ciudad se desarrolla en el contexto de un proceso poético constituido por la imaginación, la sensación y el conocimiento; la destrucción igualmente provoca sentimientos y traumas en la conciencia personal y colectiva de la sociedad.

Desde, los elogios de la *polis* griega, hasta las recientes teorías de la arquitectura, registramos la ciudad como cuerpo vital en todas sus funciones, pero también vulnerable. Por un lado, guerras, conflictos cívicos y actos terroristas han amputado partes constructivas del cuerpo urbano. La práctica antigua de la *damnatio memoriae*, la aniquilación de la memoria física del enemigo, materializó fuertemente la destrucción bélica de las urbes. Por otro lado, las acciones urbanas radicales igualmente han causado un efecto tan destructor y nostálgico como los descritos anteriormente.

La idea de la ciudad desarrollada durante el siglo XIX tiene un carácter eminentemente destructivo; el concepto de «*tabula rasa*», que pretende ver a la ciudad del pasado o partes de ella como algo enfermo, peligroso y antiestético, implica la transformación radical de la estructura urbana eliminando y borrando todo vestigio del pasado, donde las propuestas implicaban la destrucción de las estructuras históricas mediante la apertura de amplias y suntuosas avenidas, la demolición de la propiedad comercial o residencial, así como la creación de grandes plazas como apología del poder burocrático y privado, convirtiéndose así en el modelo urbano más ampliamente difundido y enraizado en la cultura urbana y arquitectónica moderna.

Durante el siglo XX la visión de una ciudad ordenada y embellecida, alimentada por la creencia en los poderes ilimitados de la tecnología conduciría al concepto de «modernización» como un cambio profundo de las estructuras sociales y estéticas existentes.

Los estándares urbanos promovidos por el *urban renewal* norteamericano y los modelos de reconstrucción europeo de la posguerra, llevarán a estrategias de intervención internacionales basadas en gran parte en las ideas del arquitecto Le Corbusier¹, quien utilizando recurridamente terminologías médicas justificó sus visiones radicales como «cirugías» urbanas, donde la ciudad sólo sobrevive con la destrucción de antiguas estructuras tradicionales y la construcción de un urbanismo funcionalista total.

En México, las distintas políticas de Estado bajo la idea del «progreso» y «modernización» alterarán radicalmente

¹ Arquitecto suizo nacionalizado francés, quien planteó en 1933 en la *Carta de Atenas* los principios del urbanismo moderno; entre sus proyectos urbanos más reconocidos se encuentran: el «plan Voisin» de 1925, el «plan óbus» de 1929, «La ville radieuse» de 1935 y la «Unité d'habitation de Marseille» de 1952.

la estructura morfológica de las ciudades, repercutiendo directamente en las relaciones y comportamientos sociales de los habitantes urbanos.

Tanto en la urbe como en la mente, cada intento de reducir u homogeneizar la polifacética memoria colectiva mediante su destrucción, provoca procesos involuntarios de compensación que nos llevan irremediabilmente a la nostalgia, al desamor.

Según un modelo interpretativo de Carl Gustav Jung (1999), la construcción de la memoria en la mente es comparable a la configuración histórica de una casa a lo largo de los siglos, con adiciones sobre posiciones e incluso destrucciones parciales de los elementos constructivos.

Fácilmente, este modelo también se comprueba con el desarrollo de la urbe, ya que cada órgano perdido del cuerpo en la ciudad deja heridas, cicatrices, de tal suerte que en la mente colectiva de los habitantes de la ciudad la desaparición repentina de edificios y espacios provoca desarraigo y desamor.

El amor como construcción social del espacio

Sigmund Freud (1997) en sus estudios psicoanalíticos subraya la importancia de una profunda memoria estructural para la estabilidad de un ser humano. Freud detectó que los fragmentos históricos en la urbe, establecen y enriquecen la condición individual del alma. No sólo de objetos físicos está construida la imagen de la ciudad, ya que existe un sentimiento colectivo que es capaz de persistir aun cuando los lugares hayan sido modificados o los edificios destruidos.

Podemos entonces así hablar del amor a la ciudad a través de imágenes que atañen, tanto al orden cultural y social, como a los modos de vivir y percibir nuestro entorno.

La persistencia de ciertas organizaciones del espacio evidencia la existencia de este tipo de construcción socio-espacial, al incorporar la forma de vida de los habitantes a la estructura misma de la ciudad.

Aldo Rossi (1999) sostiene que la ciudad es el lugar (*locus*) del conjunto de experiencias sensoriales y emocionales que permiten comprender la multiplicidad de fragmentos y formas de hacer ciudad.

Igualmente, el lugar urbano está íntimamente ligado al de arquitectura en la medida en que éste se establece como un valor, como aquella relación singular, y sin embargo universal, que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar.

El *genius loci* o llamado «espíritu del lugar» (Norberg-Schulz, 1980), no cambia o se pierde necesariamente ya que la estabilidad del entorno es una condición imprescindible para la vida humana, donde el conjunto de elementos que contribuyen a consolidar un lugar y su memoria colectiva son:

- El espacio presente en sus tres dimensiones y su campo perceptivo, donde el espacio pasa a interpretarse como el entorno vivido que responde a una formación cultural (modo de vida, cos-

**La ciudad así valorada,
nunca será un espacio
neutral, ya que ésta
siempre provocará
emociones**

tumbres e ideología), así como a una espiritual (valores y creencias).

- La *legibilidad* es la facilidad con que pueden reconocerse y organizarse las partes del ambiente urbano en una pauta coherente que involucra la distinción de un objeto con respecto a otros y su reconocimiento como entidad separable (identidad). La imagen de ese elemento debe contener la relación espacial del objeto con el observador y otros objetos (estructura) y finalmente ese objeto debe tener y expresar un sentido práctico o emotivo para el individuo (significado).

- La *imaginabilidad* corresponde a los atributos o cualidades (forma, color, textura, etc.) que tiene un objeto particular o un conjunto determinado que le permite a cada uno de los individuos integrarse y construir con el paso del tiempo su propia memoria de un lugar.

De tal suerte, el amor a la ciudad se construye a través de sus imágenes como una máquina de ilusiones con energía asociativa para la identificación espacial del ciudadano con su entorno urbano,

inspirando así distintos procesos de reflexión sobre la convivencia urbana.

En conclusión, podríamos afirmar que la ciudad es el lugar de discusión, de aceptación, de rechazo y de compromiso. Todas ellas, actitudes que definen una relación amorosa. Ese objeto de amor todavía tiene un potencial de imágenes afectivas, y con su apariencia, la ciudad coquetea a sus aspirantes perdidos. Si bien, la construcción visual no es la única cualidad que puede inspirar el amor, la apariencia puede ser la promesa de felicidad.

Amar, dice el sociólogo Niklas Luhman, es el problema de preservar lo improbable; es la búsqueda de la propia felicidad en la felicidad del otro (Krieger, 2001).

La comprensión de la realidad física y cultural de la ciudad requiere que el urbanismo no sea sólo un acto de expertos, sino una tarea común de urbanidad, ya que reconocer las orientaciones simbólicas que proporciona ésta en el proceso de construir una identidad pluridimensional puede ser una tarea pendiente en las investigaciones urbanas. ■

REFERENCIAS

Amándola, Giandomenico (2000) *La ciudad posmoderna*. Barcelona: Celeste.

Aristóteles (1999) *Ética nicomaquea / política*. México: Porrúa.

Calvino, Italo (2000) *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.

Freud, Sigmund (1997) *Esquemas del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. México: Alianza.

Jung, Carl Gustav (1999) *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Krieger Peter (2001) «Desamores a la ciudad. Satélites y enclaves». En XXIII *Coloquio Internacional de Historia de Arte. Amor y*

Desamor en las Artes. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas.

Maquiavelo, Nicolás (2002) *El príncipe*. Madrid: Alba.

Lipovetsky, Gilles (1987) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

Norberg-Schulz, Christian (1980) *Genius Loci: towards a phenomenology of architecture*. Londres: Academy Editions.

Lynch, Kevin (2000) *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.

Rossi, Aldo (1999) *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.